

En medio del túnel: ¿cuál será la salida a la cuestión de Palestina?

Juan Abugattas *

Hay un hecho sumamente curioso en relación con la manera en que se trata la cuestión de Palestina, es decir la tragedia del pueblo palestino, en los medios periodísticos y académicos en la América Latina y en la América del Norte, a saber allí donde existen menor información y visiones más sesgadas sobre el Medio Oriente y sus habitantes. La peculiaridad consiste en el extendido sentimiento de neutralidad o equidad que padecen quienes de buena fe tratan esos temas o promueven la reflexión en torno a ellos, y que se expresa en la necesidad de invitar a voceros o ponentes representativos de ambos lados de la moneda, suponiendo de antemano que los niveles de legitimidad de los reclamos y las condiciones de la disputa son equiparables. Lo extraño es que jamás se sintió tal necesidad cuando se trató de debatir el fenómeno de la dominación colonial y de la exclusión sistemática de poblaciones más afín al de la odisea palestina, a saber, el *apartheid* de África del Sur.

Noam Chomsky viene advirtiéndolo sobre este fenómeno hace ya un buen tiempo. No solamente en su extraordinario texto primigenio sobre la cuestión palestina,¹ probablemente uno de los más informados y objetivos sobre el tema, sino también en sus innumerables artículos, intervenciones y entrevistas, presentándolo como uno de los más asombrosos resultados de los afanes de ocultamiento y manipulación de conciencias de los tiempos modernos.

No hace mucho, un profesor canadiense, Peter Eglin, ha insistido en la misma idea con emoción: *No conozco de ningún asunto importante de interés público sobre el cual haya un mayor nivel de deshonestidad intelectual que sobre la "cuestión Palestina". Los niveles de distorsión, la economía con la verdad, la cobardía moral y la mentira son enervantes de contemplar.*²

Pero, ¿qué es lo que ocasiona esta anomalía? ¿Por qué tanto empeño en evitar hablar claro, reconocer los hechos y sacar las

¹ Ver *The Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians*. (South End Press Classics Series, 1999). Una obra más reciente de Chomsky sobre el tema, tema que él ha tratado extensamente y con frecuencia, es *Middle East Illusions: Including Peace in the Middle East?: Reflections on Justice and Nationhood*. (2003).

² Wilfrid Laurier University, posted 2001, «The Palestinian Question», by Peter Eglin.

consecuencias lógicas que de ellos se deriven? La importancia de aclarar esto no es sólo ni primariamente académica. El entrapamiento del proceso de paz se debe a que las mismas fuerzas y preocupaciones que impiden reconocer la verdad, hacen muy difícil llegar a acuerdos serios, definitivos y equilibrados a las partes en conflicto.

Se trata fundamentalmente de tres hechos: a) el reconocimiento de que la situación actual del pueblo palestino es producto de una aventura de colonización y de limpieza étnica, en la cual han sido cómplices activos el movimiento sionista y las principales potencias de Occidente y en la que cabe responsabilidad por pasividad, desinterés e incapacidad a los gobernantes árabes; b) que en la fase actual del conflicto no se enfrentan dos poderes comparables, sino una de las mayores potencias militares del mundo, dotada de un importante arsenal de armas de destrucción masiva, incluyendo bombas atómicas, y un pueblo casi desarmado, empobrecido al extremo, sin recursos económicos, aislado y con escaso apoyo material y político; c) que si ese pueblo no ha desaparecido todavía de la faz de la tierra y no ha perdido su identidad colectiva, como lo han querido siempre y explícitamente tanto los líderes del sionismo histórico como los gobernantes del Estado de Israel y sus aliados occidentales, ha sido simplemente por la persistencia y capacidad de resistencia de sus componentes, por la heroicidad de sus mujeres, jóvenes y adultos, como lo señalaba tan lúcidamente hasta su muerte Edward Said.

Reflexionando sobre las condiciones de base para la negociación de un acuerdo de paz efectivo y serio, Said ha destacado la necesidad de que se tome en cuenta el factor más olvidado y relegado: *Ha habido demasiada sangre palestina derramada, demasiado desprecio y racismo israelíes para pensar en volver a negociaciones del estilo de Oslo... Yo insisto en que se debe otorgar un peso adecuado a décadas de sufrimiento palestino y al costo real de las políticas destructivas de Israel antes de que alguna negociación reconozca algún estatuto a los gobierno israelíes que han aplastado los derechos palestinos de la misma manera en que han demolido nuestras casas y asesinado a nuestra gente (...)* En breve, en cualquier encuentro que tenga lugar ahora entre representantes palestinos e israelíes, la gravedad de los abusos israelíes contra nuestra gente debe ser tomada en cuenta y no simplemente puesta a un lado como lo ha sido la historia pasada...Después de todo este sufrimiento adicional (el de los últimos años) Israel no puede ser perdonado

sin más y no puede permitirse que se aleje de la mesa sin que por lo menos se formule un reclamo retórico en el sentido que debe compensar por todo el daño que ha causado.”³

¿De qué estamos hablando en concreto? Las cifras son elocuentes y trágicas. Desde el inicio de la represión de la segunda Intifadah o Intifadah de Al Aqsa, han muerto más de 3000 palestinos y unos 850 israelíes. Hay miles de heridos del lado palestino y varios miles más de mutilados. Cientos de viviendas han sido arrasadas, en muchos casos villas o campos de refugiados enteros, miles de personas detenidas y muchísimas más sistemáticamente humilladas y reprimidas de diversas maneras, no se han respetado ni los hospitales ni las escuelas ni las universidades y centros cívicos. En sus ataques contra la población palestina, el ejército israelí ha empleado aviones F-16 , helicópteros artillados, misiles, buques de guerra, tanques y carros de combate. La infraestructura de servicios y productiva, la poca que tenían las zonas bajo control palestino, ha sido destruida o seriamente dañada.

Obviamente, la pregunta es ¿por qué este nivel de violencia y la clara desproporción de las respuestas israelíes frente a los actos de violencia palestina? La explicación oficial de los israelíes es que se trata de asegurar su seguridad y de combatir al terrorismo. Para cualquier observador avisado, empero, como para cualquiera que haga un análisis serio y desapasionado de los hechos, tal argumento resultaría risible y ridículo, si no fuera que de por medio están las vidas y el futuro de millones de personas.

La respuesta real es muy simple: los líderes israelíes, tanto los laboristas como los del Likud, no quieren todavía aceptar la creación de un Estado palestino independiente ni son capaces de reconocer que los palestinos, a los que preferirían inexistentes o, por lo menos no presentes en Palestina, tienen unas aspiraciones normales y justas a definir su propio futuro como colectividad y a vivir, en paz y con plena libertad, en los territorios que siempre han habitado.

Para comprender la lógica que está detrás de esta conducta, basta con un experimento mental. En la Palestina histórica (es decir si se

³ Ver «What Price Oslo?», en *Al Ahrām*, 20 de marzo del 2002. Said ha escrito mucho sobre la cuestión palestina. Es, sin duda, junto con Chomsky, uno de los que más y más honestamente han contribuido a su comprensión. Algunas de sus obras son: *The Question of Palestine* (1996); *The End of the Peace Process: Oslo and After* (2001); *Blaming the Victims: Spurious Scholarship and the Palestinian Question*.

suman los territorios que corresponden al Estado de Israel y que son, básicamente, los que se ocuparon en 1948, y los que, en parte, corresponderían a los palestinos, que son los que los israelíes ocuparon en el 67, Gaza y Cisjordania, también llamada la margen occidental) viven unos nueve (9) millones de personas. Estamos hablando de un espacio de no más de 27,000 km². De esa población, 5,000,000 millones son judíos, mientras que el resto son árabes o druzos. La población árabe incluye poco más de un millón de personas con ciudadanía israelí, que viven en pueblos y ciudades localizados dentro de los territorios del actual Estado de Israel. El resto de la población palestina se reparte entre la margen occidental (cerca de 1,500,000 personas) y Gaza (que con solamente 352 km² alberga a 700,000 personas). De hecho, la franja de Gaza es uno de los territorios más densamente poblados del planeta.

Adicionalmente hay que tener en cuenta un hecho que quita permanentemente el sueño a los israelíes: la tasa de reproducción de la población judía es del 1.5%, mientras que la población palestina se reproduce a un ritmo del 2.8% en la margen occidental y del 3.2% en Gaza. Esto, obviamente, sin contar la población palestina de la diáspora, que asciende a unos dos millones adicionales y que, de acuerdo a mil y una resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, tiene un derecho inalienable al retorno.

Pues bien, el experimento consiste en imaginar un sujeto, digamos Sharon o Peres, que para el propósito son lo mismo, empeñado en evitar que los judíos se conviertan en minoría dentro del Estado de Israel y que, por lo tanto, quiera separar las poblaciones árabes y judías a toda costa. Imagine, querido lector, los niveles de violencia y de odio que tienen que generar para asegurar esa separación en un territorio tan pequeño. Se les pueden ocurrir varias opciones, hoy por hoy, en plan de ser ejecutadas por las autoridades israelíes. Una primera es levantar un muro, la ya famosa e infame «pared de separación» que debe separar los territorios mayoritariamente palestinos del resto de Israel y que está en pleno proceso de construcción a pesar de los llamamientos de las Naciones Unidas, del propio gobierno de G. Bush y de media humanidad.

El muro deberá tener, cuando esté finalizado, 347 kilómetros y correrá de norte a sur. Su altura es de 25 pies y tiene un espesor de 10 pies. Cada kilómetro de construcción cuesta cerca de 1.6 millones de dólares. Hasta ahora se han construido ya 120

kilómetros. Por cierto, el muro estará rodeado de cercas electrificadas, sensores y cuanto aparato de detección existe hoy en el mundo.

Pero el que quiera esa separación definitiva puede también imaginar otra opción. Por ejemplo, se le puede ocurrir hacer invivible la margen occidental para los palestinos, aplicando no solamente altas dosis de violencia, sino obstaculizando todo intento de normalizar la vida, derribando casas, destruyendo infraestructura, impidiendo el normal desarrollo de las actividades productivas. El muro, por ejemplo, separará a un buen número de agricultores palestinos de sus tierras de cultivo. La intención final es promover la salida de esa zona del mayor número posible de palestinos, especialmente los jóvenes que no encontrarán una posibilidad realista de labrarse un futuro aceptable.

Algunos aliados de Sharon en su coalición de gobierno son bastante más explícitos y propugnan, abierta y sonoramente, una política de limpieza étnica y de expulsión de la mayor parte de la población palestina de los territorios ocupados. Y, por si eso fuera poco, también quieren expulsar a la población palestina que posee ciudadanía israelí y que ha empezado a ser reprimida y perseguida, además de discriminada, como lo ha sido siempre.

Resulta evidente, por lo demás, que esta estrategia de separación debe ir acompañada de una campaña sostenida y sistemática de demonización de los palestinos, presentándolos como una amenaza, como unos árabes y musulmanes con instintos asesinos irrefrenables, como verdugos potenciales de la población judía, como terroristas, etc.

A los más moderados, de otro lado, se les puede ocurrir aislar a la población palestina y concentrarla en una porción diminuta del territorio, en un archipiélago de Batustanes; hoy queda claro, que ésta fue siempre la intención detrás de los acuerdos de Oslo, en lo que concernía a la parte israelí. En efecto, no cabe duda de que el principal obstáculo para la paz es la negativa, multipartidaria, israelí a aceptar como una alternativa adecuada la creación de un Estado palestino, realmente soberano, en los territorios ocupados el 67.

Con gran lucidez, Immanuel Wallerstein⁴ ha señalado las opciones políticas que pueden conducir a una conclusión, aunque

⁴ «Israel/Palestine: Can there be Peace?», Fernand Braudel Center, Comentario N°. 85, 15 de marzo del 2002.

no necesariamente justa, («soluciones definitivas», las denomina), de la cuestión de Palestina: Opción A.- el establecimiento de un Estado binacional; Opción B.- una de las partes ocupa el 100% del territorio y probablemente mata o expulsa a los otros; Opción C.- se produce una partición sobre la base de un acuerdo entre ambos. Esta última alternativa es, en la práctica, el establecimiento de dos Estados, que supuestamente se había empezado a realizar sobre la base de los acuerdos de Oslo.

Actualmente el defensor más conocido de la primera opción es Noam Chomsky. La probabilidad de una solución de esa índole es muy baja, dadas las características y expectativas de los contendientes. Lo que Chomsky propone guarda cierta similitud con la sugerencia de Carlos Marx para solucionar la cuestión judía en la Europa del XIX: avanzar hacia una real secularización de las sociedades y del Estado, que haga de las diferencias religiosas un factor absolutamente irrelevante. En el caso de Israel, fundado en la ideología sionista y cubierto por un manto religioso pesado y, por lo tanto, condenado a un razonamiento político interferido por criterios mítico-religiosos, la propuesta de secularizar el Estado y la sociedad para convertirlos en entes realmente democráticos, en los que puedan convivir con iguales derechos judíos, druzos y palestinos musulmanes y cristianos, es impensable. Salvo algunas mentes muy lúcidas, la mayoría de intelectuales y de políticos israelíes siguen aferrados a una concepción primaria del Estado nacional, que implica homogeneidad, en este caso religiosa. La prueba de esto está a la vista. La población palestina de nacionalidad israelí es sistemáticamente discriminada y está muy lejano, más aún ahora, el momento en que pueda ser asimilada con igualdad de derechos y prerrogativas. De otro lado, ya ha sido mencionada la obsesión por las correlaciones demográficas adversas en el mediano plazo. El temor es que el sueño sionista primigenio de conformar un Estado judío, se pueda desvanecer.⁵

Del lado palestino, la probabilidad de que la mayoría acepte una solución de esta índole es también muy baja. En otro momento, en el momento de mayor fortaleza ideológica de la OLP, esa era la propuesta: se apuntaba a crear un Estado laico y democrático en todo el territorio palestino, dentro del cual judíos, cristianos musulmanes y todos los demás pudieran vivir en paz y en igualdad de condiciones. Aparte de algunos grupos minoritarios más

⁵ Encuestas recientes entre la población israelí muestran que un 70% de los encuestados considera que los palestinos-israelíes son «traidores», mientras que un 75% estima que Israel estaría mejor sin población palestina.

abiertos, la mayoría piensa ahora en la solución bi-estatal como la más aceptable.

Las luchas de los últimos años y el fracaso del proceso de Oslo han determinado, de otra parte, el fortalecimiento, en ambos bandos, de las posturas favorables a la segunda opción, la opción excluyente. Si estos grupos, el Yihad Islámico y Hamas de un lado, los aliados de Sharon y el propio Sharon del otro, prevalecen, entonces, como dice Wallerstein, lo mejor sería «escondarse en una cueva». Además, advierte: *entiendo que existen ahora unas maravillosas armas nuevas que pueden matarte o sacarte de las cuevas más profundas.*

Pues bien, Sharon ha optado por la segunda vía, en una fórmula intermedia: no se trataría de expulsar a toda la población palestina, pero sí a una buena parte. Los que finalmente queden, deberán, en esta concepción, vivir permanentemente bajo tutela israelí, sin disfrutar de un Estado soberano y sin posibilidad de ejercer efectivamente el derecho de autodeterminación.

Sería un error, empero, asumir que solamente Sharon piensa así. Las propuestas de Barak durante las conversaciones propiciadas por el presidente Clinton, y que la propaganda israelí presentó como «extremadamente generosas», apuntaban en la misma dirección. Se pedía a los palestinos renunciar al derecho al retorno, e Israel no reconocía responsabilidad moral ni política alguna en el proceso de desplazamiento de los refugiados; es decir, se persistía en la vieja fórmula sionista según la cual Palestina era un territorio vacío en la época de su colonización, y adicionalmente se ponían trabas a la negociación seria del estatuto futuro de Jerusalén. El fracaso de esas negociaciones y la provocación deliberadamente montada por Sharon al visitar la explanada de las mezquitas en Al-Quds, serían los detonantes de la segunda Intifadah.

Es importante anotar que Barak había previsto este desenlace, pues el Estado israelí disponía de un plan de contingencia, puesto en evidencia por la publicación especializada en temas estratégicos y militares *Jane's Defense Weekly*. El plan se denominaba «Aire mágico», y tenía como propósito controlar la rebelión palestina y establecer, si fuera necesario, un gobierno militar en los territorios ocupados, incluyendo la zona A de Oslo, es decir, la que supuestamente se había transferido totalmente a la Autoridad Nacional Palestina en términos de responsabilidad administrativa. Entre otras medidas, el plan de Barak contemplaba

hacer mucho de lo que Sharon viene haciendo con igual brutalidad y desdén por la vida y los derechos humanos: utilización de una unidad de francotiradores encargada de eliminar a los manifestantes, incluyendo a niños; la autorización del uso de fusiles M-24 con la finalidad de maximizar las víctimas mortales; el uso inmoderado de la fuerza, incluyendo carros de combate y aviones, para intimidar a la población; el bloqueo de la Cisjordania de manera calculada, incluyendo cortes de electricidad y de agua; el asesinato selectivo de dirigentes políticos y militares, especialmente miembros del Fatah; la ocupación de ciertas localidades estratégicas.

Pero, ¿no habrá en todo esto una alta dosis de intransigencia palestina? Recordemos al respecto que los palestinos aceptaron Oslo a pesar de que eran plenamente conscientes de que el proceso allí diseñado estaba plagado de incertidumbre y que no les garantizaba ni mínimamente el logro de sus objetivos. La estrategia de Oslo, igual que la de los convenios posteriores, desde Camp David dos hasta Sharm el Sheik y la «Hoja de ruta» no han tenido el carácter de un verdadero acuerdo de paz; han sido, más bien, «planes de pacificación» como más de una vez lo recordó Edward Said.⁶

Todos esos planes han estado diseñados de modo tal que los avances en la implementación de cada punto y de las acciones programadas quedaban sujetos a nuevas negociaciones y a convenios parciales, sin que las partes estuviesen obligadas a zanjar las cuestiones más difíciles hasta el final de tan incierto proceso. Por esa razón, los israelíes vieron en los acuerdos una manera de ganar tiempo y de aprovechar su mayor poder para ir creando situaciones de facto nuevas y consolidando otras, que luego tendrían que ser a su vez parte de las nuevas negociaciones. Los palestinos, por su parte, aceptaron los acuerdos con la esperanza de que la presión internacional y, en particular la de los Estados Unidos, llevaran esos procesos a buen puerto. Hoy sabemos, a la luz de lo acontecido, que eso fue una ingenuidad y un mal cálculo atroz.

El campo palestino se ha visto debilitado, no solamente por la implementación de la estrategia israelí sino por el peso de factores internos que han minado la capacidad de acción colectiva. Así, se han fortalecido relativamente las posiciones y los movimientos

⁶ Para una buena presentación de esos planes y las negociaciones, ver Ignacio Alvarez-Ossorio, *El miedo a la paz. De la guerra de los seis días a la segunda intifada*. (Madrid, La Catarata, 2001).

irredentistas y más radicales, que llevan adelante operaciones militares y acciones suicidas contra blancos israelíes, mientras que la Autoridad Palestina ha perdido prestigio en parte porque la población no percibe que haya conseguido avances importantes como contrapartida a sus concesiones, pero también porque no ha podido implementar una administración eficiente, democrática y plenamente representativa. Hay un alto nivel de corrupción y preocupantes muestras de ineficacia administrativa.

Lo que no ha decaído, empero, y ese es el principal capital del pueblo palestino, es la voluntad colectiva de resistencia y de libertad. Así como algunos autores, especialmente Marwan Bishara,⁷ sostienen que los israelíes necesitan hoy una suerte de De Klerk, sin duda los palestinos necesitan una dirigencia flexible y legítima, capaz de hablar por el conjunto, que conduzca a su pueblo a una paz duradera. En medio de la tragedia actual, algo de eso está surgiendo. En torno al médico Mustafá Barghouti, por ejemplo, se ha gestado un movimiento político muy abierto, llamado National Political Initiative (NPI), que busca ser reconocido como un partido político y propugna elecciones auténticas. Entretanto, dentro de muy pocos días (el 4 de noviembre) debe firmarse en Ginebra un extraordinario documento, negociado por personalidades de la centro izquierda israelí y palestina, entre las cuales se cuentan los ex-ministros israelí y palestino respectivamente Yossi Beilin y Yasser Abed Rabbo, con el apoyo de Amram Mitza, el expresidente del Knesset Abraham Burg, el general Amnon Lipkin-Shahak y escritores como Amos Oz y David Grossman del lado israelí, y Nabil Kassis, Hisham Abdel Razek, Marwan Barghouti, Mohamed Khorani, entre otros, del lado palestino. El documento, auspiciado por el ministro suizo de relaciones exteriores, se denomina «Acuerdo de Ginebra».⁸ Tomando como referencia los documentos y acuerdos de los últimos años, hasta la «Hoja de ruta» y las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el convenio plantea una estrategia superior para alcanzar la paz de inmediato basada en el reconocimiento mutuo de dos Estados, la fijación de fronteras definitivas, la solución plena al problema de los refugiados, la cooperación estrecha en materia de seguridad, el desarme de todos los grupos armados, la condena a todo tipo de terrorismo y la apertura de vías para la colaboración entre los dos Estados en

⁷ *Palestine/Israel: la paix ou l'apartheid*. Paris : La Découverte, 2002.

⁸ El texto completo en inglés se puede encontrar en la versión electrónica de *Le Monde Diplomatique* y fue publicado por el diario israelí *Haaretz*.

todos los campos. El convenio establece que una vez firmado y puesto en práctica no habrá lugar a ninguna reclamación de ninguna de las dos partes sobre asuntos del pasado, y también que el Estado palestino a crearse permanecerá desmilitarizado, dotado solamente de una fuerza policial poderosa.

Como era de esperarse, las reacciones de los líderes israelíes ante esta propuesta han sido furibundas. Sharon ha dicho que no reconoce el derecho de la izquierda a formular propuestas, menos aún unas propuestas que Israel no aceptará jamás, y algunos de sus ministros han calificado de traidores a los impulsores. Arafat, por su parte, más prudente pero no necesariamente muy entusiasta, ha dicho que apoya cualquier esfuerzo que parta de los grupos israelíes favorable a la paz de los valientes, que el trató de lograr en cooperación con su amigo Rabin.

Es evidente que más allá de cuál sea su destino, el acuerdo de Ginebra contiene los términos más realistas para poner fin al desangramiento del Medio Oriente y alcanzar una paz con la fórmula de los dos Estados. La alternativa es, como dice Wallerstein, esperar en una cueva a que algún fanático haga estallar el Muro de los Lamentos o la Mezquita de la Roca, y que la región primero y el mundo después se vean envueltos en un conflicto con armas de destrucción masiva. El conflicto configura un caso límite como el que imaginó Kant que obligaría a pensar seriamente en la paz perpetua, como opción frente al aniquilamiento. La vía no puede ser otra que el diálogo serio y bien intencionado, es decir del tipo que ha faltado en el Medio Oriente en los últimos tiempos.

(*) Ex viceministro de Educación y profesor principal de la Universidad de Lima.